

Dynamis en sus 25 años

JOSÉ LUIS PESET(*)

BIBLID [0211-9536 (2005) 25; 25-45]

Hace tres décadas se concluía una importante obra en nuestra disciplina, aparecía el último volumen de la *Historia universal de la medicina*, publicada por Salvat bajo la dirección de Pedro Laín Entralgo. El Comité de redacción incluía a éste, junto a Luis Sánchez Granjel de la Universidad de Salamanca, José María López Piñero de la de Valencia, Agustín Albarracín Teulón del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Luis García Ballester en la Universidad de Granada, recogiendo el saber de estas generaciones de maestros. En sus páginas últimas, se incluía un artículo de Owsei Temkin titulado «Futuro de la historia de la medicina». Algunas de sus frases todavía están vigentes y, sobre todo, lo han estado en los treinta años transcurridos. «Subraya la tradición —nos dice— que un trabajo histórico con ambición de integridad no debe detenerse en el presente». Buen conocedor del mundo antiguo, se mostraba renovador acerca del futuro de nuestra especialidad. «La naturaleza del estudio histórico es servir como crítica de su propia materia», afirmaba allí. Así pues, el historiador debe estar también al tanto de los problemas y cambios nuevos, sean de naturaleza social, económica o política. Incluso de los profesionales, como la insistencia de la medicina actual en el progreso de la salud y en la prevención de la enfermedad, considerando al médico un miembro de las profesiones sanitarias, que muestran notables novedades en la enseñanza y la asistencia.

(*) Instituto de Historia-CSIC (Madrid). Email: peset@ceh.csic.es

«Desde luego, la historia requerirá prestar mucha mayor atención que antaño a los problemas de índole social», afirma de forma rotunda. Por tanto, son necesarios historiadores que no sean médicos, pues su producción es parte de la historia, también de la política y de la filosofía, incluida la bioética. «Si las bacterias venciesen el freno que las drogas modernas les imponen, y revitalizadas dieran lugar a una catástrofe epidémica, ¿no obligaría esto a una total revalorización de las conquistas médicas y de la parte jugada por nuestra generación?». Se plantea con estas palabras una importante novedad, una actitud crítica ante la medicina, ante la ciencia por tanto, que marcará las próximas décadas. Se entra así en liza contra el «hilo rojo» que mostraría la perfección continua del saber, tanto desde la revisión del mito de la ciencia, considerada hoy a veces como aliada del poder y/o del mal, como desde una benévola crítica que la admira, pero que la quiere más benéfica y generosa. Se discute además, en sus palabras, el carácter unitario de la historia de la medicina, que considera la oficial y occidental separada e incluso enfrentada a otras culturas, para lo que se necesitará de la apertura a los amplios espacios de la sociología, la antropología y la religión(1).

Fundada *Dynamis* en 1981 en la Universidad de Granada, con nombre greco-latino, se daba la salida a una empresa de duración extensa. Se recordaba la reciente desaparición de *Cuadernos de Historia de la Medicina Española* de la Universidad de Salamanca y la también cercana aparición de *Llull* de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas. El desarrollo de la historia de las ciencias y de la medicina justificaba esta novedad, así como la pretensión de promover una investigación multidisciplinar, con pluralidad metodológica y alcance internacional, atenta tanto al mundo hispánico, como al continental y al anglosajón. En el Consejo estaban Luis García Ballester, Teresa Ortiz, Rosa María Moreno, Guillermo Olagüe y Esteban Rodríguez Ocaña. Publica el Departamento de Historia de la Medicina y edita el Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Granada. Más tarde, en 1983, se incorpora Fernando Girón, en el

(1) LAÍN ENTRALGO, Pedro (dir.) *Historia universal de la medicina*, 7 vols., Barcelona, Salvat, 1972-1975, vol. 7, pp. 457-459.

Departamento de Historia de la Medicina, y en 1984 Ramón Gago desde el Museo de la Ciencia en Granada, pasando a la Universidad de Santander Luis García Ballester. En el volumen de 1987-1988, es director Esteban Rodríguez Ocaña, formando el Consejo editorial Girón, Moreno, Olagüe, Ortiz, José Valenzuela (Universidad de Granada), Juan Luis Carrillo (Universidad de Sevilla), Jesús Castellanos (Universidad de Málaga) y García Ballester en la Institució Milà i Fontanals del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Barcelona). Alfredo Menéndez será incorporado en 1992 y nombrado Secretario de redacción en 1993, pasando Rosa María Moreno a encargarse de las reseñas; y se incorporan Jon Arrizabalaga (Institució Milà i Fontanals), Rosa Ballester y Josep Bernabeu (Universidad de Alicante). En 1998 quedan las reseñas en manos de Juan Luis Carrillo, entrando en el Consejo Álvaro Martínez Vidal (Universidad Autónoma de Barcelona) y Jorge Molero (Universidad de Zaragoza, más tarde en la Autónoma de Barcelona). En 1999 es director saliente E. Rodríguez Ocaña, y Teresa Ortiz y Jon Arrizabalaga entrantes. En el Consejo editorial vemos nuevos historiadores, en la Universidad de Granada Mikel Astrain y Rosa María Medina; en la Universidad Miguel Hernández de Alicante, Enrique Perdiguero. El año 2000 será Secretario Mikel Astrain y encargada de reseñas Rosa María Medina, en los años siguientes la difusión se encargará a Alfredo Menéndez y Enrique Perdiguero. Autores de brillante trayectoria, son o han sido los gestores de esta importante empresa cultural(2).

El proyecto que se presentaba era rico y ambicioso. Junto al estudio de las ideas médicas, debían ser tenidos en cuenta los aspectos prácticos y sociales de la medicina, así como las instituciones científicas, educativas y asistenciales:

«Es decir, debe comprender y explicar —y no meramente describir— todos los aspectos de la tarea médica: desde los especulativos

(2) Sobre la trayectoria editorial de *Dynamis* véase: RODRÍGUEZ OCAÑA, Esteban. Desde la otra orilla del Atlántico, pero del mismo lado del saber: la experiencia de *Dynamis*. *Acta Hispanica ad Medicinæ Scientiarumque Historiam Illustrandam* (Granada, España). *Boletín Mexicano de Historia y Filosofía de la Medicina*, 2004, 7, 40-46.

de las teorías médicas hasta las dimensiones prácticas en que se resuelve el acto médico, desde el contenido de los saberes biomédicos hasta el estudio de la formación del médico y su actuación como profesional, desde los supuestos teóricos de la terapéutica hasta la descripción de las concretas técnicas curativas, pasando por dar razón de las distintas respuestas dadas por las diversas culturas a tan amplia tarea. Sin perder de vista que todo ello se lleva a cabo en el seno de una compleja trama científica, económica, política, filosófica, religiosa, etc., con obvias interacciones» (3).

Se tendrían en cuenta tanto los aspectos teóricos como los prácticos, mostrando así el interés de la nueva publicación por la asistencia médica en sus muy diversas vertientes, desde los puntos de vista de los sanitarios, de los pacientes y de la sociedad. Además se incorporarían los diversos enfoques culturales, desde las diferentes sociedades y grupos sociales, recurriendo a las variadas disciplinas que pueden colaborar en nuestra tarea. Si se añade que, si bien de pasada, se afirmaba que se quería no tan sólo describir, sino comprender y explicar también, vemos cuán ambicioso era el plan de futuro.

Los resultados han sido, sin duda alguna, de extraordinaria calidad. Los veinticinco números de la revista, los suplementos, su riqueza de temas monográficos, artículos y notas, las noticias, necrologías, reseñas y ensayos bibliográficos la convierten en una interesante muestra de lo mejor de la historiografía española. Un cuarto de siglo es un período importante, sus páginas han recorrido cambios notables en la forma de hacer historia en el final y en el cambio de siglo, siendo pionera en algunos. Se trata, pues, en este ensayo que dedico al esfuerzo de tantos buenos amigos, de hacer una biografía de una empresa científica, que ha sabido adaptarse a lo que los tiempos exigían. En su origen está, sin duda, uno de los profesionales más destacados de la segunda mitad del siglo XX, pues la personalidad de Luis García Ballester aporta una serie de características, que la revista refleja. Desde luego la ambición y el empeño en el trabajo proceden en buena medida de su carácter. No es extraño que se inicie con fuerte impacto del mundo clásico y del medieval. Pedro Laín Entralgo escribía sobre

(3) *Dynamis*, 1981, 1, pp. i-ii.

el origen del diagnóstico médico; José María López Piñero, sobre el concepto de historia de la medicina en Laín; Luis García Ballester, sobre el diagnóstico en Galeno; Michael R. McVaugh, sobre la autoría de algún escrito de este médico. Rosa María Moreno seguirá por años esta vertiente clasicista. Así en el volumen de 1995 aportaba el dossier «Medicina y método científico en el mundo romano», siendo notable la atención prestada a las historias clínicas por Luis García Ballester, o bien a las ideas médicas sobre la naturaleza femenina por la editora (4).

La influencia de Luis García Ballester, Michael R. McVaugh, Julio Samsó y Juan Antonio Paniagua llevará a interesarse por el mundo del maestro Arnau de Vilanova o del rey Alfonso X. Ya en 1984 encabeza la revista un dossier en torno al séptimo centenario de la muerte del sabio monarca. Luis García Ballester presenta un interesante trabajo sobre las instituciones relacionadas con la medicina, la catedral, el monasterio y la universidad. Julio Samsó y Elena Ausejo se ocupan de la astronomía del rey Alfonso, señalando Joan Carandell la relación entre movimientos celestes y oraciones de los fieles en un astrónomo tunecino afincado en Granada a fines del siglo XIII. Un trabajo de Roser Puig nos asienta de nuevo en esta ciudad, al presentar los datos científicos en las biografías de Ibn al-Jatib. Este punto de partida se seguirá en dos volúmenes colectivos importantes. Un número monográfico dedicado por Cornelius O'Boyle, Roger French y Fernando Salmón en 2000 a «El aprendizaje de la medicina en el mundo medieval: las fronteras de la enseñanza universitaria» (5), cuya principal mira es el proceso de institucionalización de la enseñanza universitaria, enmarcado en un rico legado educativo. Fernando Giron se ocupará del medievo árabe, con un dossier sobre «Medicina y ciencia en Al-Andalus» en el año 2001, que nos proporciona un amplio panorama de tan rico mundo. La rica tradición granadina

(4) Reflexiones sobre el método y papel de Galeno en la medicina, de Richard Durling y Mario Vegetti. Sobre su cronología, Vivian Nutton.

(5) *Dynamis*, 2000, 20, 17-393. Se analizan las aulas y la práctica, la medicina y la cirugía, los libros y las facultades, diversos autores empleados en la enseñanza, la enseñanza a través de la palabra, los libros o los gestos y prácticas, los límites entre las instituciones, los saberes y las profesiones, la mujer y su formación.

en el estudio de la cultura árabe, permite a esta revista volver con frecuencia a tan ricas aportaciones (6).

* * *

La historia de la medicina es una disciplina que nace muy precozmente. La revolución científica en el mundo médico, a diferencia del científico, es tardía e incompleta (7), pues los antiguos siguieron por mucho tiempo siendo considerados clásicos a leer. No es extraño que en la mesa de cabecera de nuestros abuelos se encontrasen los trataditos hipocráticos y en nuestras consultas o despachos el eterno juramento. Cuando los Colegios de Cirugía muestran el camino de la medicina moderna, su bibliotecario era un erudito que conservaba e incluso enseñaba el saber clásico. Los historiadores de la medicina han escrito siempre para los profesionales de la sanidad, si bien siempre han tenido un gran interés por insertar sus saberes en el mundo de la historia general y de las ciencias sociales. Las opiniones de Sigerist, desde la Universidad Johns Hopkins, subrayando la necesidad de tener en cuenta tanto los aspectos médicos como los sociales influyeron grandemente. En este sentido podemos señalar las conversaciones que en los años treinta tuvo Sigerist con un eminente bacteriólogo, parasitólogo e inmunólogo. De éstas surgió a mediados de la década un libro de éxito, que se llamó *Rats, lice and history. The biography of a bacillus*.

Se trata de un pequeño volumen que siempre he admirado, muy anglosajón en su capacidad de seducción, pero europeo en su afán

(6) GIRÓN IRUESTE, Fernando (ed.). Medicina y ciencia en Al-Andalus. *Dynamis*, 2001, 21, 23-293. Se proporciona un rico panorama de la medicina y la ciencia árabes y su historiografía, así escuelas y enseñanza, cirugía, patología, farmacia y asistencia, agricultura, astronomía y matemáticas. La cercanía de la Escuela de Estudios Árabes del CSIC es bien visible en la revista.

(7) ORDOÑEZ, Javier; NAVARRO, Víctor; SÁNCHEZ RON, José Manuel, *Historia de la ciencia*, Madrid, Espasa-Calpe, 2004; FAGOT-LARGEAULT, Anne M. On medicine's scientificity. did medicine's accession to scientific «positivity» in the course of the nineteenth century require giving up causal (ethiological) explanation?. In: Corinna Delkeskamp-Hayes; Mary Ann Gardell Cutter (eds.), *Science, technology, and the art of medicine*, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers, 1993, pp. 105-126.

por reunir saberes históricos con biomédicos. Escribía así en sus primeras páginas Hans Zinsser:

«In following infectious diseases about the world, one ends by regarding them as biological individuals which have lived through centuries, spanning many generations of men and having existences which, in their developments and wanderings, can be treated biographically» (8).

La novedad que aporta es incorporar al quehacer del historiador los hallazgos científicos que en el inicio del siglo XX revolucionaron el estudio de la enfermedad y de sus adaptaciones al medio. Pensaba que llamar la atención sobre los «seats of biological warfare» y pedir que se acudiera «into the laboratory» serviría como enseñanza a historiadores y sociólogos acerca de la importancia de las grandes calamidades. Las peleas que Heráclito mostraba en la naturaleza, las luchas por la vida que Darwin describía, se analizaban ahora en los tubos de ensayo. También el público general advertiría la gravedad de las grandes revoluciones que ha logrado, o sufrido, el mundo vivo. Agradece lo aprendido en autores positivistas como Haeser y Hirsch, pero está señalando un camino nuevo, salir del especialismo americano tal como, según él, hacen por entonces los europeos, entrando en las tensiones entre ciencias humanas y ciencias biológicas. Los consejos de Sigerist irían sin duda por ese sendero.

Su apelación al mundo de las biografías nos recuerda las dudas que hoy estamos viviendo, en que se mira con admiración y recelo los éxitos de ventas de este estilo literario. Nos señala que Carlyle hablaba de su dificultad, pero que él, al escribir, está inmerso en la era de las biografías (9). Como sucede con Stephan Zweig, el relato

(8) ZINSSER, Hans. *Rats, lice and history. The biography of a bacillus*, London, Macmillan, 1985, p. vii. Poco años después sigue las mismas orientaciones Sir Macfarlane BURNET, *Historia de las enfermedades infecciosas*, traducido de la tercera edición por María Soledad García, Madrid, Alianza, 1967.

(9) «Biografías médicas, una reflexión historiográfica», XIII Simposio de la Sociedad Española de Historia de la Medicina, Jaca 1-3 julio 2004, Universidad de Zaragoza. Comité organizador: Consuelo Miqueo Miqueo y Asunción Fernández Doctor.

de vida real sustituye a la novela ficticia, si bien la literatura se ha hecho científica. De forma aguda, muestra Zinsser el nuevo papel del psicoanálisis y de la endocrinología; él nos introducirá en un campo sin precedentes, el de la bacteriología y la inmunología. «Nature seems to have intended that her creatures feed upon one another». Enseñaba al gran público las novedades sobre infección y parasitismo, evolución y adaptación de los microorganismos y sobre los cambios, apariciones y desapariciones de las enfermedades. Aporta en su libro una historia de la epidemiología, desde los tiempos clásicos y las viejas pestes, pero se centra en el tifus exantemático. Desea mostrar, evidenciar, la influencia de estas grandes enfermedades en la historia humana, social, política y militar (10). Marañón estaba entonces desarrollando en sus estudios sobre Tiberio, Enrique IV o el conde-duque de Olivares, el influjo de la endocrinología y la psicología en la biografía. Un hematólogo de Sevilla, tras conversaciones con Marañón, se ocupó de forma magistral de biografiar la expedición de Balmis, desde el Archivo de Indias y desde el laboratorio y sus libros científicos (11).

Atrás quedaron las historias de la enfermedad positivistas e ingenuas del pasado; la baraja de nuevo se reparte con el desarrollo de la moderna biología, que une a la bacteriología la parasitología, la inmunología y la hematología. Pero el médico también comprendía que su acción era no sólo científico-técnica, sino también social. Henry Sigerist afirmaba que la medicina es ciencia social, porque sus fines tienen este carácter, al adaptar al hombre a su medio, como un miembro útil a la sociedad. Participan en ella médico y paciente, cuerpo médico y sociedad, por tanto las interacciones entre los dos grupos son el fin de la historia de la medicina; no tan sólo la cien-

(10) Véase FISCHER, Isidor (dir.). *Biographisches Lexicon der hervorragenden Ärzte der letzten fünfzig Jahre*, Munich-Berlín, Verlag von Urban und Schwarzenberg, 1962, vol. 2, p. 1726; ZINSSER, nota 8, p. 8. Desde la historia general se reinterpreta la relación entre hombre y parásito en CIPOLLA, Carlo M. *I pidocchi e il Granduca*, Bologna, Il Mulino, 1979.

(11) DÍAZ DE YRAOLA, Gonzalo. *La vuelta al mundo de la Expedición de la Vacuna (1803-1810)*, facsímil de la edición de 1948, versión inglesa y edición de Catherine Mark, Madrid, CSIC, 2003. Se editó en la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla en 1948 con prólogo de Marañón, ahora en el Instituto de Historia de Madrid.

cia, las instituciones y caracteres de la medicina, también la historia de los pacientes en sociedad, la de los médicos y sus relaciones. La historia se convierte en historia social, que también permite encarar los problemas sociales de la medicina en el día de hoy (12).

Era un reto que, desde las ciencias sociales, pronto también se aceptó (13). La historia de la demografía y de la salud pública se destacaban de la historia social como campos comprometidos con el bienestar y con la renovación institucional. Precisamente en las páginas de *Dynamis*, un artículo de Patrice Bourdelais en 1997 hace de nuevo hincapié en el interés de estudiar la dinámica de las enfermedades en la historia, las causas de muerte en los entornos urbanos que la modernidad impone. La historiografía francesa se hizo sin duda eco de estas novedades, que se patentizan en los *Annales* de 1969, extendiendo su influencia hasta hoy como muestran los *Annales de Démographie Historique* (14). La preocupación por la salud pública ha permitido completas aproximaciones, que todos hemos manejado, como las obras de Jean-Noël Biraben, *Les hommes et la peste* (1975), o bien las de Thomas McKeown, *The modern rise of population* (1976) y William H. McNeill, *Plagues and peoples* (1977). A éstos siguió entre nosotros la de Vicente Pérez Moreda, *Las crisis de mortalidad en la España interior* (1980) (15).

Se produce, por tanto, un cambio en el punto de vista de esa relación entre lo biológico y lo social. Sin duda el desarrollo de la salud pública en las últimas décadas del siglo XX, con hincapié en la prevención de la enfermedad, tiene aquí importante influjo. En el XIX se había producido el nacimiento de la gran higiene pública. La lucha contra la enfermedad había sido hasta entonces eclesiástica o

(12) WARTOFSKY, Marx W. The social presuppositions of medical knowledge. In: José Luis Peset; Diego Gracia (eds.), *The ethics of diagnosis*, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers, 1992, pp. 131-151.

(13) Sobre el recurso a las ciencias sociales, véase HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena. *Tendencias historiográficas actuales*, Madrid, Akal, 2004.

(14) BOURDELAIS, Patrice. Histoire de la population, histoire de la médecine et de la santé: cinquante ans d'expérimentations. *Dynamis*, 1997, 17, 17-36.

(15) Una importante reflexión sobre la epidemiología histórica en BERNABEU, Josep. *Enfermedad y población*, Valencia, Seminari d'Estudis sobre la Ciència, 1995.

municipal, improvisada y dirigida contra enfermedades externas. Pero se va haciendo estable, nacional e internacional, se pelea contra las enfermedades endémicas y sociogénicas, insistiendo en la prevención de la enfermedad. Se han cambiado las opiniones sobre las causas de la enfermedad, oscilando en buscarlas en el individuo o en el medio (16), teniendo en cuenta que el medio en que el ser humano evoluciona es muy complejo y hominizado, de lento y costoso cambio, a diferencia del individuo que sufre un recambio muy rápido. La evolución del ser humano es sociocultural, no simplemente biológica, como señala Marx W. Wartofsky (17).

* * *

Recuerdo que en los años setenta era frecuente encontrar por Granada a Don Antonio Domínguez Ortiz, quien fue uno de nuestros principales maestros —siempre amable y generoso amigo— en introducir la consideración de los grupos sociales en el estudio histórico. La historiografía española se renovaba con influencias que venían de los grupos que giraban en torno a la revista *Annales*, así como de las lecciones marxistas. La relación del comportamiento humano con la estructura social, con el poder y el dinero, las normas y las instituciones, se convirtió en tema central de nuestros historiadores. Destacó en el campo de la cultura José Antonio Maravall, en el de la economía Josep Fontana, y Manuel Tuñón de Lara en el de la vida política. La historia de la medicina y de la ciencia fue sensible a estos cambios, pasando de una historia de los saberes, a una historia de los comportamientos sociales. Pedro Laín Entralgo escribía *La relación médico enfermo*, José María López Piñero, *Ciencia y sociedad en la España de los siglos XVI y XVII*, y Luis García Ballester, *Medicina, ciencia y minorías marginadas: Los moriscos*.

(16) PESET, José Luis. On the history of medical causality. In: Delkeskamp-Hayes; Gardell Cutter (eds.), nota 7, pp. 57-74.

(17) WARTOFSKY, Marx W. Organs, organismus and disease: human ontology and medical practice. In: H. Tristram Engelhardt Jr.; Stuart F. Spicker (eds.), *Evaluation and explanation in the biomedical sciences*, Dordrecht-Boston, D. Reidel Publishing Company, 1974, pp. 67-83. PESET, José Luis. Medical diagnosis and institutional settings. In: José Luis Peset; Diego Gracia (eds.), *The ethics of diagnosis*, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers, 1992, pp. 41-45.

También fue la década del estallido de la postmodernidad, con el brillante influjo que la personalidad de Michel Foucault supuso. Sus magníficos ensayos sobre el poder, el discurso del saber y las instituciones docentes, científicas y asistenciales contenían la irresistible herencia del irracionalismo nietzscheano, que consideraba a la ciencia como base de la dominación, por tanto del perjuicio que sobre el enfermo y el marginado, el pobre y el proletario recaía en el mundo moderno. Al analizar los discursos e instituciones médicas en su obra capital *Naissance de la clinique*, animaba una crítica enérgica del capitalismo médico, proporcionando a la vez base filosófica a todo el estudio social del proceso de medicalización. Pero hacía recaer sobre un simple instrumento humano, la ciencia o la medicina, los males y las culpas que otros autores veían causados por el desarrollo del capitalismo. Por tanto, el dilema se planteaba entre culpar al sistema médico o al sistema social, a la ciencia o al capitalismo.

No es, por tanto, extraño encontrar en las páginas de *Dynamis*, al finalizar la década de los ochenta, uno de los pocos artículos en alemán que publica, un ensayo de Alfons Labisch sobre el control médico de la sociedad. La importancia de este autor consiste en aunar diversos lenguajes, añadiendo modernas explicaciones a las antiguas. El papel de la medicina —sus discursos, profesionales e instituciones— en el proceso de «medicalización» de los obreros, se entronca con las antiguas ideas —siempre vigentes— sobre su «proletarización», o bien su «taylorización». Se considera también su alejamiento de la naturaleza y los mecanismos de protección social que de forma necesaria se ponen en marcha.

Una nueva estructura científico-institucional —que comprende desde la bacteriología hasta la medicina del trabajo— impone nuevas costumbres, en tres niveles: los seguros sociales, la medicina social y la aparición del «homo hygienicus». De forma evidente, Norbert Elias y su descripción del proceso de civilización están bien presentes. La higiene popular y la científica alteran la conducta desde un punto de vista racional, pero no las condiciones sociales y económicas. La conducta se modela por unos criterios y una conciencia basados en la búsqueda de la salud, permitiendo la integración en el mundo de la sociedad industrial. Se configura al trabajador como un perceptor

de salarios, con comportamiento científico y técnico, es decir, el de la máquina; se asimila por tanto la esfera reproductiva familiar con la productiva industrial. La fase que discurre con la República del Weimar supone la edad de oro de la educación en salud, con los grandes nombres de Gottstein y Grotjahn. La gran idea de Salud es, por tanto, una elaboración social, no se discuten los fines, tan sólo los medios y las formas de la organización del mundo. El proletario es introducido, por el concepto de salud, en un mundo industrial científicamente organizado y se transmuta en obrero industrial. Esto lo hace la medicina, como monopolio de las formas de asistencia y de la definición de salud y enfermedad. Las nuevas ciencias médicas interpretan el mundo, los profesionales de la sanidad pasan a ser expertos oficiales, prácticos de la tecnología social. Por tanto, no son agentes del control social, sino mediadores en un nuevo mundo interpretacional y en una nueva existencia (18).

* * *

Será, pues, la historia social de la medicina desde donde la revista despegue con fuerza y luz nuevas. Historia social que ya había sido abordada en los trabajos de Luis García Ballester sobre medicina medieval y moderna, sobre discursos, profesionales y marginados. En los años 1994 y 1995, Rafael Huertas García-Alejo presenta un dossier extenso sobre historia de la salud pública en la España contemporánea. La intención, según el editor, es «la superación del positivismo en Salud Pública, y la construcción de una teoría de lo social en Medicina». También se declara seguidor del programa del afortunado maestro Henry Sigerist. «El estudio del hombre, individual o colectivamente considerado, en relación dialéctica con su medio, se convierte así en

(18) *Dynamis*, 1987-1988, 7-8, 427-459. Véase LABISCH, Alfons. *Homo Hygienicus. Gesundheit und Medizin in der Neuzeit*, Frankfurt, Campus Verlag, 1992. Es de interés en el volumen de 1993, en relación con el tema que nos ocupa, el estudio de la medicina laboral en las autobiografías de trabajadores alemanes de Gunnar Stollberg. Las contribuciones de autores extranjeros son muy numerosas y de enorme valía, en mis comentarios doy más relieve a las españolas para resaltar la muy valiosa aportación propia que la revista tiene.

nexo de unión entre Salud Pública e Historia Social» (19). Se nos proporciona un rico y extenso panorama sobre saberes y enfermedades, personajes y pacientes, instituciones, profesiones y actitudes (20).

También la revista se abre a nuevos temas que iluminan el quehacer sanitario, como la asistencia a las mujeres y los niños. Se insiste en la dedicación profesional a parcelas especializadas de la historia de la medicina, tal como inició Rosa Ballester años atrás con el estudio de la pediatría (21). En este sentido, la revista acoge en su número de 2003 un monográfico editado por Esteban Rodríguez Ocaña sobre salud infantil. En su prólogo, titulado «La salud infantil, asunto ejemplar en la historiografía contemporánea», se nos dice querer «contemplar la medicina desde el punto de vista de la sociedad», siguiendo el programa de Sigerist:

«En éste como en tantos otros casos, el objeto de los estudios históricos ha de entenderse vinculado con la percepción actual; entiéndase que no estoy defendiendo el tópico de un quehacer presentista, sino que subrayo la contemporaneidad de la conciencia del historiador, en la que necesariamente hunde sus raíces la motivación de su tarea. Así que hemos de buscar en la extensión contemporánea

(19) HUERTAS, Rafael. Salud pública en la España contemporánea. Introducción. *Dynamis*, 1994, 14, 17-21 (p. 17).

(20) Elvira Arquiola daba primicias de su futuro libro sobre la vejez, José Martínez Pérez se ocupaba de la medicina del trabajo, Isabel Jiménez Lucena y Jorge Molero de las enfermedades en la postguerra. Isabel Porras nos habla sobre la gripe de 1918 y Ricardo Campos sobre alcoholismo. Delfín García Guerra y Víctor Álvarez Antuña nos enseñan sobre Ángel Pulido; Enrique Perdiguero, Josep Bernabeu y Elena Robles González sobre el Instituto Provincial de Higiene de Alicante; Rosa María Medina y Esteban Rodríguez Ocaña sobre profesión y campañas sanitarias. También Josep Bernabeu y Encarna Gascón sobre enfermería, Rosa Ballester y Emili Balaguer sobre infancia, Luis Montiel sobre el SIDA y Ángel González de Pablo sobre el modelo de pensamiento higienista. Rafael Huertas sobre enfermedad mental; Pedro Maset, José Miguel Sáez Gómez y Fernando Martínez Navarro sobre la salud pública en el franquismo.

(21) Por entonces, mientras Rosa Ballester concluía su tesis, la *Société de Démographie Historique* dedicaba *Annales de Démographie Historique* de 1973 a «Enfant et sociétés», con el apoyo del C.N.R.S. y del Centre de Recherches Historiques (E.P.H.E., VI^e. Section).

de una cultura de la salud (entendida tanto como un derecho cuanto como un deber), en el peso de la profesión médica en las sociedades industriales y posindustriales, y en la problemática inherente a la extensión de la tecno-expertocracia, así como en la vivencia de la profunda desigualdad humana, el interés que desde hace un cuarto de siglo dedica la historia de la medicina y de la salud a la historia de la infancia» (22).

Resultan interesantes estas palabras, pues recalcan el papel que los historiadores de la medicina desean representar en el mundo médico actual. Se tienen en cuenta la nueva cultura de la salud, la actuación de las profesiones médicas en el mundo industrializado, con sus connotaciones científicas y técnicas, y la vivencia de la desigualdad de los hombres. No es extraño que se recuerde que Roy Porter insistía en la relación entre socialización de la medicina y medicalización de la sociedad, ni que se haga hincapié en las guerras, el colonialismo, el poscolonialismo, o bien el internacionalismo y la globalización.

La misma inspiración tienen Montserrat Cabré i Pairet y Teresa Ortiz Gómez en el monográfico «Mujeres y salud: prácticas y saberes». Nos dicen sus intenciones, que se adentran en el actual interés por la historia de género:

«Nuestra intención era posibilitar una lectura en la que la relación mujeres-salud-historia sobrepasara las fronteras de las profesiones, las disciplinas y las fronteras historiográficas. Queríamos saber sobre las características de sus saberes, las formas de su práctica, sus intereses e identidades profesionales, las relaciones entre ellas y con

(22) RODRÍGUEZ OCAÑA, Esteban (ed.). The health of children in modern history. Episodes for embedding science, culture and politics. *Dynamis*, 2003, 23, 27-166 (p. 29). Se recoge el V Congreso de la Sociedad Europea de Historia de la Medicina y de la Salud en Ginebra en 2001 sobre *Health and the child: Care and culture in history*. Se aporta un amplio abanico de estudios, la salud pública europea y africana, las organizaciones internacionales, los estudios sobre el crecimiento. Otras especialidades aparecen en las páginas de la revista, así cuando María José Báguena se ocupa de las dermatosis en 1985-1986, o Francesc Bujosa de afasias en 1981.

sus pacientes, sus vínculos con otros expertos en la salud, ofreciendo materiales para reflexionar a través del tiempo histórico» (23).

En el volumen de 1996, María Luz López Terrada y Álgvar Martínez Vidal reúnen un interesante dossier sobre «El Tribunal del Real Protomedicato en la Monarquía Hispánica, 1593-1808», en el que se analiza la más importante institución profesional de la monarquía española moderna (24). Se continúa con el editado por Rosa Ballester, María Luz López Terrada y Álgvar Martínez Vidal dedicado a «La realidad de la práctica médica: el pluralismo asistencial en la monarquía hispánica (ss. XVI-XVIII)». Se quiere en este segundo ir más allá en el análisis de la profesión sanitaria, superando las normas legales, buscando todas las instancias del pluralismo médico a las que la población podía acudir. Se presentan las diversas prácticas asistenciales y las relaciones entre el paciente y quienes, especializados o no, los atendían. Una historia desde abajo, desde la perspectiva del paciente se plantea. Sin duda algunos artículos anteriores de Perdiguero y Zarzoso habían abierto el camino. También varios coloquios internacionales, con participación de quienes aquí colaboran. María Luz López Terrada y Álgvar Martínez Vidal habían organizado el simposio previo en el Instituto de Historia de la Ciencia y Documentación «López Piñero» de Valencia los días 27 y 28 de septiembre de 2001. Distintos espacios son recorridos en los artículos, la corte, la ciudad y el medio rural. Se describen y analizan

(23) *Dynamis*, 1999, 19, 17-400 (p. 19). Se nos ofrece un amplísimo panorama, desde la antigüedad al pasado siglo, con un rico elenco de especialistas de la atención a la mujer, cuya consulta recomiendo. Tratan el estado y las instituciones docentes y asistenciales, nos presentan la educación y la práctica de diversas profesionales y cuidadoras como madres, médicas, parteras y enfermeras, adentrándose de forma valiosa en el campo de las biografías.

(24) Se analizan la historiografía, los aspectos institucionales y profesionales del Protomedicato. Se estudia el marco general y el castellano por los editores, María Soledad Campos Díez y José Pardo, pero también el aragonés por Asunción Fernández Doctor, el catalán por Alfons Zarzoso y Josep Danón, el navarro por Julio Sánchez Álvarez y Pedro Gil Sotres, el napolitano por David Gentilcore y el americano por Pilar Gardeta. Además curanderos, matronas y cirujanos por Enrique Perdiguero, Teresa Ortiz, Jon Arrizabalaga y Mikel Astrain.

prácticas de higiene, sanitarias, médicas, quirúrgicas y creenciales; y se presentan las consultas y las juntas de médicos (25).

En el que Jon Arrizabalaga recoge y edita en el año 1991 titulado «Historia de la enfermedad. Nuevos enfoques y problemas», insiste en la «Presentación» en una moderna interpretación de la enfermedad, apoyada en forma esencial en los enfoques interdisciplinares. Sigue a Ludwik Fleck al afirmar que las enfermedades no son «entidades naturales transhistóricas, esencialmente continuas en el espacio y en el tiempo». Quedará, por tanto, subsumido el biologicismo en el imperativo social. «Por el contrario, se trata fundamentalmente de construcciones sociales que son el producto de contextos históricos concretos y, como tales, sólo plenamente comprensibles si nuestra interpretación de cada enfermedad o grupo de enfermedades se enmarca en su específico contexto». Insiste en el peligro del diagnóstico retrospectivo, proyectando etiquetas actuales, pues «el pasado tiende a perder significación en sí mismo, viéndose así fácilmente constreñido a jugar un papel de mero antecedente de las ideas y prácticas médicas del presente» (26).

De gran valor es también el monográfico «Tecnologías médicas en el mundo contemporáneo: una visión histórica desde las periferias». Se recogen allí las novedades que la nueva tecnología ha introduci-

(25) *Dynamis*, 2002, 22, 21-325. Jon Arrizabalaga y Soledad Campos Díez escriben sobre el mundo cortesano; Mercedes Granjel, María Luz López Terrada y Asunción Fernández Doctor sobre Extremadura, Valencia y Aragón, sobre Portugal Isabel M. R. Mendes Drumond Braga. Sobre higiene y prácticas sociales Enrique Perdiguero y María José Ruiz Somavilla. Sobre cirugía José Luis Fresquet, y sobre juntas y consultas Pilar León, Álar Martínez y José Pardo.

(26) *Dynamis*, 1991, 11, 17-26 (pp. 21-23). Se incluye un artículo de Andrew Cunningham discutiendo el diagnóstico de males pasados, pues el laboratorio introduce un nuevo paradigma que es imposible aplicar a anteriores épocas. Se estudia la peste de 1348 por Arrizabalaga, las enfermedades de la Valencia del XVI por María Luz López Terrada, la Ilustración en las minas de Almadén por Alfredo Menéndez Navarro, en Gaspar Casal por Delfín García Guerra y Víctor Álvarez Antuña, Ramón Castejón se ocupa del mal venéreo, del alcoholismo Ricardo Campos y Rafael Huertas, de la lepra Josep Bernabeu y Teresa Ballester Artigues, Jorge Molero de la tuberculosis. En fin, Gwyn Prins introduce los problemas sanitarios en los estudios africanos.

do en la medicina, teniendo en cuenta las críticas que al exceso de tecnicismo se han hecho, sin caer en la denominada «tecnofobia». Son editores Alfredo Menéndez Navarro y Rosa Medina Doménech, reuniendo trabajos nuevos con algunas aportaciones que se presentaron en la conferencia internacional de la *Society for the Social History of Medicine*, organizada en julio de 2003 por Carsten Timmermann y Julie Anderson, de la *Wellcome Unit and Centre for the History of Science, Technology and Medicine* de la Universidad de Manchester. Se plantean enfoques pluridisciplinarios, calificando la renovación en las periferias como diferencia cultural y no como dependencia. Junto a Bélgica y España se estudian países latinoamericanos, Colombia, México y Costa Rica. No sólo es analizada la cultura material que la tecnología supone, sino también sus discursos, espacios y formas de organizarse, así como las relaciones con el poder político, social y económico (27).

* * *

Se produce en las páginas de la revista una generosa apertura a otras disciplinas de las ciencias históricas y sociales. Lo vemos en el artículo que firman Emilio Balaguer, Rosa Ballester, Josep Bernabeu y Enrique Perdiguero con el título «La utilización de fuentes antropológicas en la historiografía médica española». Supone el análisis del mundo sanitario desde el punto de vista del paciente, la comprensión de unas prácticas que son vistas de forma muy diferente desde el otro lado:

«Resumiendo lo dicho hasta aquí, podemos afirmar que la utilización de fuentes antropológicas permitiría, al incorporarlas a la investigación histórico-médica, explorar una serie de aspectos que sin pretensión de exhaustividad serían conocer las experiencias de los

(27) *Dynamis*, 2004, 24, 15-212. La historia institucional es tenida en cuenta en otros volúmenes de la revista, así cuando Juan Antonio Micó Navarro presenta el Instituto de Historia de la Ciencia de Valencia, o bien José Valenzuela el Hospital Real de Granada. También se pueden señalar los trabajos de Agustín Albarracín, José Valenzuela o Teresa Ortiz sobre profesiones sanitarias. Sobre las relaciones entre la Academia sevillana y la Royal Society of London se ocupan Manuel Varela y Carlos López Fernández.

enfermos, sus sistemas de creencias, imágenes y símbolos, el modo cómo la gente reflejaba la vida y la muerte, las edades y etapas de la vida, el cuerpo humano y sus funciones, así como el significado que se les daba a los diferentes órganos, las causas de enfermedad o el lenguaje con el que se expresaba el dolor. Otros campos de interés se centrarían en saber cómo los enfermos caracterizaban y clasificaban la enfermedad, si los términos usados para nombrar a las diferentes enfermedades eran términos científicos o populares, descriptivos o causales y, por supuesto, qué se hacía cuando se percibían los primeros síntomas de la enfermedad» (28).

En el año 1997, una propuesta generosa de Josep M. Comelles intenta conseguir un cambio de papeles entre antropólogos sociales y biomédicos. Distingue los discursos e instituciones de cada parte y señala cómo su persistencia impide un entendimiento. Se centra en el maravilloso libro de Ernesto de Martino *La terra del rimorso* (1961), distinguiéndolo de la antropología hecha para profesionales biomédicos como la de Pedro Laín Entralgo o la de Horacio Fabrega.

Sin duda, el conocimiento del hombre desde la antropología, la psicología o incluso la literatura, desde el conocimiento de sus culturas, nos agranda nuestra percepción de sus problemas. Nos dice David B. Morris en su libro *Illness and culture in the postmodern Age*: «Postmodern illness is fundamentally biocultural —always biological and always cultural— situated at the crossroads of biology and culture» (29). Por tanto, hoy se debe tener en cuenta los componentes biológicos, psicológicos y sociales de la enfermedad, tal como vimos afirmar a Wartofsky. «Postmodern analysis, stripped of its most debatable claims, demonstrates how human life is socially constructed and how people as well as institutions exist only within the context of cultural systems that govern the flow of knowledge and power. It shows that historical systems tend to distribute knowledge and power through social discourses...», que van desde la ciencia a la sexualidad. «It

(28) *Dynamis*, 1990, 10, 193-208 (pp. 200-201). Elvira Arquiola se ocupa en otras páginas de la antropología física en especial francesa.

(29) MORRIS, David B. *Illness and culture in the postmodern age*, Berkeley, University of California Press, 2000, pp. 71, 74.

shows that such power operates often diffused not through traditional hierarchies but through an invisible network of familiar institutions and everyday practices that shape how we think, feel, and view the world». Afirma D. B. Morris que en este flujo la medicina tiene una poderosa contribución a la cultura contemporánea y al «postmodern fashioning of the self.». Las vanguardias rompieron cien años atrás la rígida correspondencia clásica entre forma y contenido. Igual que se mostraba en algunas palabras de Jaspers Johns en su reciente exposición en el IVAM, en el arte —y en la cultura— de nuestros días se rompe el nexo entre la cáscara y los contenidos: sentimientos, pero también mandatos se filtran con fuerza al romper el continente.

Así pues, la revista se abre a los estudios socio-culturales, con el análisis del discurso, de los símbolos y de las representaciones. Vemos a Javier Moscoso aportando un ensayo sobre la imaginación materna, Rafael Huertas y Luis Montiel escriben sobre literatura, éste último introduce también el Romanticismo alemán a través de Carl Gustav Carus. Las relaciones de la moral con la higiene, las construcciones sociales de la higiene en el libro de Tissot sobre onanismo, son presentadas por Enrique Perdiguero y Ángel González de Pablo en 1990, o bien se publican los trabajos sobre curanderismo del primero. También es notable el estudio de la simbología de las aguas en la higiene de los baños que realiza Juan Antonio Rodríguez Sánchez. Se plantea también José Pardo Tomás una reflexión a caballo entre la historia de la ciencia y la historia cultural, en concreto sobre los desencuentros entre historia del saber e historia del libro, pero toda la escuela de José María López Piñero y su propio trabajo muestran que los historiadores de la ciencia siempre se han preocupado por estos temas.

Sin duda, el esfuerzo que los gestores de la revista han hecho por mirar a los lados y al futuro, ha sido ímprobo. La importante atención concedida a Europa y al mundo anglosajón, no hace olvidar el mundo latinoamericano. La revista se acerca con gusto a los intereses de la historia general española y americana, como cuando conmemora los aniversarios de 1492 y 1898. En el volumen de 1992 dedica Antonio Lafuente un monográfico a «El factor nacional en el desarrollo de la ciencia», mostrando que la ciencia periférica no

siempre es fragmentada y discontinua, el carácter bidireccional del flujo de la ciencia y el papel del nacionalismo. El dossier editado por Juan Luis Carrillo en 1998 se centra en aspectos de la salud pública, estudiando instituciones y ciudades, saberes o símbolos (30). Y todavía más, la Ilustración americana es estudiada en Venezuela por Yajaira Freites, en Nueva Granada por Pilar Gardeta Sabater a través de la sanidad. José Sala Catalá se ocupó de las expediciones de límites entre las colonias españolas y portuguesas, Antonio González Bueno y Raúl Rodríguez Nozal de las relaciones de la Academia Médica Matritense y las expediciones botánicas. Se amplía este interés con estudios distintos, como el de la inspección médica de los inmigrantes a los Estados Unidos de Norteamérica alrededor de 1900 por Anne-Emanuelle Birn; o bien el del movimiento documental europeo y americano por Guillermo Olagüe, Alfredo Menéndez, Rosa María Medina y Mikel Astrain.

La revista ha dado acogida a muchos temas nuevos, o renovados dentro de la historia de la ciencia, sean pertenecientes a la historia intelectual o a la social. Por ejemplo, la prostitución en las páginas de Jean Louis Guereña y la sexología en el Siglo de Oro en las de Melchor Bajén Español. La paleopatología no faltó, en manos del maestro Domènec Campillo y de otros excelentes especialistas. Aportaron notables trabajos Vicente Salavert sobre la aritmética del siglo XVI, Mariano Hormigón sobre García de Galdeano; sobre química del XVIII Ramón Gago (31), y Javier Puerto sobre épocas anteriores (32). Luis Urteaga acerca del ambientalismo, Francesc Relañó sobre mitos geográficos en la cartografía africana del XVI. José Luis

(30) Son presentadas instituciones como el Instituto Alfonso XIII, la Institución Libre de Enseñanza o el laboratorio de Cajal. El pensamiento médico se muestra en la enseñanza de los seminarios diocesanos, en los estudios sobre degeneración infantil, o bien sobre el agua y sus símbolos.

(31) La química de la Ilustración ha sido desarrollada de forma muy brillante por Antonio García Belmar y José Ramón Bertomeu.

(32) Un excelente grupo ha estudiado la ciencia española moderna en la Facultad de Farmacia de la UCM, así María Esther Alegre, María del Mar Rey Bueno, Miguel López Pérez, María Carmen Calleja, Antonio González Bueno y Raúl Rodríguez Nozal, entre otros.

Barona, Consuelo Miqueo, Josep Bernabeu y Juan Riera presentaron sus novedades sobre Negrín, Broussais, Pedro Miguel de Heredia y Antonio Cibat.

Parece hoy que el «hilo rojo» que enhebraba los caminos de la historia se ha roto (33). Sin embargo, los historiadores de la ciencia, y de la medicina, seguirán buscando caminos seguros, esperanzados y preocupados por el futuro. ¿Compromiso, o ingenuidad? De todas formas, en el mundo siempre en crisis muchas cosas se tambalean bajo los pies. Muchas de las seguridades que heredamos de nuestros maestros, o aprendimos por nosotros mismos, se han ido debilitando, o bien hundiéndose. Tal como afirma un científico de ficción, la inseguridad del mundo nos ha afectado, desconfiando del hoy y del mañana. «Tampoco conseguía la pequeña calma piadosa, ese singular bálsamo intelectual, el simulacro de orden en el caos, que se obtiene al seguir los pasos de un teorema» (34). Pero todos nos aferramos a las posibilidades de la ciencia, sobre todo en un país en el que investigar es llorar.

(33) Elena Hernández Sandoica refiere la metáfora del hilo rojo, entre otros, a Ernst Bloch y Robert Walzer. Véase HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena. *Los caminos de la historia*, Madrid, Síntesis, 1995, p. 25.

(34) MARTÍNEZ, Guillermo. *Los crímenes de Oxford*, 4ª ed., Barcelona, Ediciones Destino, 2004, p. 43.

